241

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

A LA QUE SALTA

Boceto de costumbres populares, en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

D. FIDEL MELGARES

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1892

Á LA QUE SALTA

Boceto de costumbres populares, en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

D. FIDEL MELGARES

Estrenado con éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 15 de Febrero de 1892.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

A mi amigo el distinguido escritor Manuel Sánchez.
F. Melgares

PERSONAJES		ACTORES
DON NICOMEDES (maestro de escuela)........................	DON	MANUEL DÍAZ.
DOÑA ROSA (su mujer)..........	DOÑA	RITA REVILLA.
DOÑA INÉS (mujer del Alcalde)....	»	JUANA GONZÁLEZ.
PAULA (madre de Quico)..........	SRTA.	ALISEDO.
INESITA (hija de doña Inés).......	»	BERTOMEU.
EL ALCALDE..........	DON	FERNANDO CALVO
ANDRÉS........................	SR.	RIVELLES.
QUICO (niño)....................		NIÑA ALCARÁZ.

Niños del pueblo.

La escena en un pueblo de la Mancha.

A LA CAUSA ÚNICA

DE TODOS MIS RECUERDOS Y ASPIRACIONES

Fidel Melgares.

ACTO UNICO

La escena representa una sala humilde de pueblo, con puerta al foro y laterales. La de la izquierda comunica con las habitaciones interiores de la casa y la de la derecha con la destinada al colegio. En las paredes, se ve alguna estampa representando escenas religiosas y una percha de madera en que se ve la capa y el sombrero de don Nicomedes. En la escena seis sillas de paja y una mesa-camilla con faldas de bayeta verde: junto á la mesa una silla de costura, de paja también, en que aparece sentada y haciendo media doña Rosa. Al levantarse el telón se oirá el final de una oración de las que se acostumbran á rezar antes de salir los niños del colegio, concluída la cual, y con el murmullo y algazara acostumbrados, salen los chicos por la puerta lateral de la derecha y van desfilando por la del foro.

ESCENA PRIMERA

DON NICOMEDES y NIÑOS

NIÑ. 1.° Hasta mañana si Dios quiere, que usted lo pase bien.
NIÑ. 2.° Hasta mañana si Dios quiere.
NIC. Andad con Dios. Que seáis buenos; que estudiéis mucho...
NIÑOS. Hasta mañana si Dios quiere, que usted lo pase bien. (Vanse.)

NIC. Y cuidado con hacerme novillos, ¿eh? (Viendo á un chico que pone á otro el pié para que caiga.) ¿Qué es eso? ¿Quiere usted apostar á que se queda sin comer?

ESCENA II

DON NICOMEDES y DOÑA ROSA

NIC. (Mirando á la puerta por donde se fueron los muchachos.) ¡Ay! gracias á Dios que me dejáis en paz unos momentos. Te aseguro, Rosa, que hace falta todo el entusiasmo, toda la resignación y toda la necesidad que tenemos nosotros, para no haber enviado ya al diantre esta honrosísima profesión.

ROSA. No me hables de eso; porque cuando pienso en las rabietas que pasas desasnando tanto muñeco, en lo poco que te lo agradecen y en lo mal que te lo pagan, me llevan los demonios.

NIC. No exageres, hija, no exageres...

ROSA. Vas á decir todavía...

NIC. Como mal no me lo pagan: la verdad ante todo. Eso quisiera yo, que me lo pagaran, aunque fuera mal.

ROSA. Tienes razón.

NIC. Y eso que otros podrán quejarse con mayor motivo, pues á mí—Dios no me olvide—no deja de ayudarme la suerte, y otros pueblos hay de menos provecho y escuelas peores.

ROSA. Sí, pero eso agradéceselo á la casualidad y á la poca disposición de estas gentes para ciertas cosas, que lo que es al Gobierno...

NIC. El Gobierno, ¡jé, jé! buena cosa me has nombrado; el Gobierno. Como estuviéramos esperando á que el Gobierno nos diera de comer...

ROSA. No haria sino atender una obligación sagrada.

NIC. Quita, mujer. Para el Gobierno no hay nada sagrado más que el presupuesto, ni puede ocuparse de la vida de los demás, ocupado en alargar la suya propia. Ten-

go ganas de leer en los periódicos algún suelto concebido en estos ó parecidos términos. Al Ministro de tal, ó al Director de cual ramo, se le adeudan diez y siete mensualidades. Me voy á morir con las ganas.

ROSA. En cambio ellos leen todos los días noticias semejantes, relacionadas con los maestros de escuela, y...

NIC. No las leen, créeme á mí.

ROSA. ¿Que no las leen?

NIC. Mujer, yo creo que no las leen; porque si creyera que las leían, tenía que creer otras cosas peores.

ROSA. Tienes razón.

NIC. Yo, sin embargo, no desmayo. Hé aquí mi última lamentación, eco fiel de un estómago desfallecido. (*Saca un periódico del bolsillo y lee.*) «Al profesor de Instrucción primaria de Villasintrigo, se le adeudan, según carta que nos dirige el interesado, treinta y cuatro mensualidades, ó lo que es igual, tres mil doscientas cuarenta y tres pesetas. ¿En qué país vivimos, señor ministro de Fomento?» Eso digo yo, ¿en qué país vivimos?

ROSA. ¡Infames! ¡Como si tuviéramos aquí una mina de de donde ir sacando.

NIC. Efectivamente: nos tratan como si tuviéramos una mina, cuando los que tienen una mina con nosotros son ellos. Yo, por supuesto, ya no quiero cobrar.

ROSA. ¿Qué dices?

NIC. No, digo, que si he puesto este suelto, ha sido más bien por ver si consigo que al Alcalde le den un recorrido. Le tengo una ira...

ROSA. Como que se está atiborrando, mientras nosotros...

ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS, *por el foro.*

ANDRES. (*Ya dentro.*) ¿Se pué entrar?

ROSA. Adelante, hombre, adelante.

NIC. (Aparte.) (Yo que él lo pregunto al marcharme.)
ANDRES. ¿Cómo están ustés?
ROSA. Nosotros, bien, á Dios gracias. ¿Y tú?
ANDRES. Güeno.
NIC. Güeno... digo, bueno hombre, bueno. Tú tan fortachón y tan guapote como siempre... (Y tan animal.)
ANDRES. Sí señor.
ROSA. Dale una silla.
ANDRES. Déjelo usté, señor Maestro. (Sentándose en una silla que le habrá dado don Nicomedes.) ¿A qué se va usté á molestar?
ROSA. ¡Déjalo, hombre!
NIC. ¿Qué te trae por aquí?
ANDRES. Pues... ¡Jé, jé!
NIC. (Aparte.) (¡Qué traerá este gaznápiro!)
ANDRES. Me da cortedá.
NIC. Vamos, hombre, ¿tan malo es lo que vas á decirnos?
ANDRES. No, pero... si estuviéramos solos...
ROSA. Os dejo un momento. Voy á ver si...
ANDRES. No, no. Si esto no quié decir que usté estorbe...
ROSA. ¡Qué disparate!... (¡Habrá estúpido!)
ANDRES. Pero si se quié usté marchar, mejor.

ESCENA IV

DON NICOMEDES y ANDRÉS

NIC. Ea, ya estamos solos.
ANDRES. La verdá, no... no sé cómo empezar.
NIC. Vamos, hombre, ¿no tienes confianza en mí?
ANDRES. Sí... si no es por eso.
NIC. Entonces...
ANDRES. Es que... pues misté, señor Maestro, la verdá; yo tengo novia.
NIC. ¡Hombre! ¿Conque tienes novia? Bien, ¿y qué?...
ANDRES. Misté... no se vaya usté á ofender.
NIC. Yo, ¿qué me he de ofender porque tengas novia?

ANDRES. Pues la verdá; yo quisiá que usté me pusiera una carta pa ella.

NIC. ¿Qué?

ANDRES. Como yo tengo una letra tan rematá, y luégo que quisiá ponerla una carta en verso; como mañana es su santo... y como sé que usté las saca de la cabeza como quiere, si usté quiere pué hacerlo: yo me acordé y dije, pues voy, y pué que me la ponga... y aluégo yo sabré lo que he de hacer con él.

NIC. ¿Con quién?

ANDRES. Con usté.

NIC. ¿Qué vas á hacer conmigo después que te escriba la carta?

ANDRES. Si lo digo porque yo no soy desagradecido.

NIC. ¡Andrés!

ANDRES. Y ya sabe usté que tengo medios de...

NIC. Ni me hables de eso.

ANDRES. Si se ha de enfadar usté, entonces...

NIC. Digo que eso ni debe decirse... (eso se hace.) ¿Conque una carta en verso?

ANDRES. Sí señor.

NIC. Bueno, pues vuelve luégo y...

ANDRES. Yo la quisiera ahora, porque... ahora, es la hora en que puo verla, y llego y se la doy por la ventana.

NIC. (¿Qué le escribo yo á este muchacho?) Mira, pues espera un poco, voy á ver si me sopla la musa. (Vase por la puerta en que se supone está el Colegio.)

ESCENA V

ANDRES, solo.

¿La musa? ¿Quién será esa que le va á soplar? Pus señor, bien. Así, mientras el padre está en el Ayuntamiento, yo... Cuidiao con el hombre también, ¿por qué no querrá que tenga relaciones su hija? Pus hombre, ni que la guardara pa monja exprofesa. Y eso

que... ¡jé, jé! tan y mientras quiera ella, y tan y mientras quiera yo, como si quisiera. Ahora llego, si no está en la ventana la echo la carta; si está... si está, claro, si está no se la echo; si está se la doy, eso es.

ESCENA VI

ANDRES y DON NICOMEDES

NIC. Ya está.
ANDRES. ¿Qué sabe usté?
NIC. ¿El qué? Si digo que ya está la carta...
ANDRES. ¡Ah! A ver, á ver. No, léala usté.
NIC. Dice así:

«Reina de Villasintrigo:
Mañana, por ser tu santo,
me alegraré que lo pases
llena del mayor regalo.
Tú no te olvides de mí,
que yo estaré en tí pensando,
y acudiré á tu ventana;
y mientras el mentecato
que te guarda, ufano esté
de la fiesta disfrutando,
yo pasaré junto á tí,
si me dejan, un buen rato.
No faltes, que ya verás
cómo yo tampoco falto.
No faltes que me haces falta.
Que no faltes: tuyo, Paco.»

ANDRES. (Que ha celebrado con entusiasmo varios versos de la carta.) No, Andrés.
NIC. Sí, hombre, sí, este es un pseudónimo.
ANDRES. ¡Ah! ¿Un *sudónimo?*
NIC. Claro, hombre. Así, aunque el padre coja esta carta á la muchacha, no...

ANDRES. Es verdá; miste, pues no se me había á mí ocurrio.
NIC. No hay que dejar suelto ningún cabo... (Le da la carta.)
ANDRES. Sí, sí. Esto es lo que yo quería.
NIC. ¿Te ha gustado?
ANDRES. ¡Digo! ¿Ve usté esto que no vale ná?...
NIC. ¿Qué?
ANDRES. No, quiero decir pa usté, que en un momento... pues yo hubiá estao sabe Dios, y de seguro no la pongo tan bien.
NIC. ¡Hombre!
ANDRES. Lo dicho... Ea, me voy, que quiero cuanto antes... Aluégo vendré con unas frioleriyas.
NIC. Déjate de...
ANDRES. ¿Dejarme? He de hacer que de la chimenea de mi casa se descuelguen pa usté los mejores chorizos.
NIC. Si no valen...
ANDRES. ¿Mis chorizos? No los come mejor ni...
NIC. Digo los versos; que no valen que te molestes siquiera.
ANDRES. Güeno fuera. Ná, ná, lo dicho. Voy corriendo á ver si... (Hace que se va y vuelve.) ¡Ah! Que no diga usté á naide que ha sío usté el que me ha puesto los versos, ¿eh?
NIC. Descuída. ¡No faltaba más!
ANDRES. ¡Adiós, señor Maestro!... ¿A que no sabe usté qué es lo que me ha gustao más de la carta?
NIC. No sé...
ANDRES. Eso del mantecato que le hice usté al padre. Ea, diquiá luégo. (Vase por el foro.)
NIC. ¡Anda bendito de Dios, atún!

ESCENA VII

DON NICOMEDES y DOÑA ROSA

ROSA. ¿Se ha ido ya ese cuadrúpedo?
NIC. Sí; sal, sal ya, mujer.

ROSA. ¡Pero qué groserotes son todos estos ricachos!

NIC. Mira, da por bien empleada tu retirada y no se te ocurra hablar mal de ese cuadrúpedo, como tú le llamas, porque gracias á él tendremos... Díme, ¿te gusta á tí el embutido que hacen en casa de don Esteban?

ROSA. No sé, porque como nunca lo he probado...

NIC. Pues lo probarás.

ROSA. ¿Qué dices?

NIC. Y otras friolerillas que pronto nos traerá Andresito.

ROSA. Bueno, ante todo. ¿Qué te quería con tanto misterio?

NIC. ¿Que qué me quería?

ROSA. Sí.

NIC. Que le escribiese una carta para la novia.

ROSA. No te habrás rebajado hasta escribir una cosa semejante.

NIC. Vaya si me he rebajado.

ROSA. ¡Pero hombre!

NIC. Pero mujer; si tienen estos cuadrúpedos una manera de pedir las cosas, que no hay sino decirles sí inmediatamente. Empezó diciéndome que ya sabía yo que él no era desagradecido y que tenía medios... en fin, que se enterneció mi estómago, y á morir; le dije que sí.

ROSA. ¡Maldita necesidad!

NIC. Luégo, se trataba de una carta en verso.

ROSA. ¡Ah!... vamos.

NIC. Toma; si no... (no le digo que no tampoco.) Sí, hija, sí; una carta en verso lleva, que de seguro...

ROSA. Bonita, ¿eh?

NIC. ¡Vaya!

ROSA. Dí. ¿Y tú crees que traerá lo que te ha ofrecido?

NIC. Ni lo dudes siquiera. Si su casa es de esas en que ni aun saben lo que tienen. Aunque don Esteban después le rompa un alón, lo trae, indudablemente. ¡Ay! Ahora que me acuerdo, que tengo que ir á dar esa lección y será tarde quizás. Mi capa, mi sombrero.

Ea, hasta luégo, hija mía. ¡Ah! que si viene ese cuadrúpedo, lo trates con muchísima consideración, ¿eh?

ROSA. Sí, hombre, sí; descuida. Oye, oye: Tráete unos azucarillos cuando vengas.

NIC. Bueno, hasta luégo. (Vase.)

ESCENA VIII

DOÑA ROSA

Pobre Nicomedes. La verdad es, que si no fuera por esa disposición que Dios le ha dado para todo, no sé qué iba á ser de nosotros, porque, como estuviéramos atenidos á la paga, ya, ya, ¡buen pelo íbamos á echar! Aun así, no le tenemos muy bueno que digamos. Yo, sin embargo, en medio de lo triste de nuestra situación, tengo un consuelo, porque, si bien es verdad que no estamos muy bien, comprendo que aún podíamos estar peor... Aunque peor que estamos... qué se yo...

ESCENA IX

DICHA, PAULA, QUICO y después DON NICOMEDES

QUICO. (Forcejeando por desasirse de su madre, que lo trae casi arrastrando.) ¡No quiero, ea! ni más ni menos.

PAULA. ¡Chiquillo! ¿Da usté su premiso?

ROSA. Adelante, mujer. ¿Pero qué es?...

PAULA. Ná, si es que este chiquillo... ¿No está don Nicomedes?

ROSA. Ha salido, pero no tardará en dar la vuelta. Siéntate.

PAULA. Con premiso. Pus yo venía...

ROSA. Si es algo que pueda yo...

PAULA. No señora; es decir, no y sí; porque, como dijo el otro, usté al fin es la señora del señol maestro.

ROSA. (Y sin que lo diga el otro.)

PAULA. Y lo mismo viene usté á ser aquí, que yo en mi casa: y yo en mi casa...

ROSA. (A dónde irá á parar.)

PAULA. Si le digo á mi marido esto hay que hacel, esto sace y sa rematô.

ROSA. Pero bueno...

PAULA. Pus misté; yo venía á ponel al chico en la escuela, porque no quiero que sea un bestia como su padre.

ROSA. ¡Mujer!

PAULA. Si es la verdá. Y además; que siempre estará aquí más recogío y mejor que arrastrándose por el barro, que no consigue una verlos limpios nunca y to lo estrozan. Miste, ¿ve usté esta chaqueta? (Arrimándole una de las mangas que estará llena de barro á la cara.) Pues se la he puesto nueva hoy pa venil á vel al maestro y miste ya cómo la tiene.

ROSA. Bueno, pues mira, Nicomedes, como te he dicho antes, no debe tardar: espérale y él te dirá lo que resuelve: aunque parece demasiado pequeño para...

PAULA. No lo crea usté. Tan chequetito como le ve usté ahí, pus es un demonio que no me deja hacer ná: por eso se le traigo al maestro, á ver si él...

ROSA. Haces bien. Siendo tan malo... (al maestro con el muerto.) (Quico, que durante la escena está pugnando por escaparse á la calle, en este momento consigue su objeto y sale por el foro corriendo, á tiempo que don Nicomedes vuelve, se encuentra con él, y del golpe que ambos reciben en el encuentro, don Nicomedes casi cae y tira al suelo un papel con azucarillos que traerá en la mano.)

NIC. Bien decía yo, que me parecía tarde... ¡Jesús, María y José!

PAULA. Pero chico.

ROSA. ¡Diablo de chiquillo!

PAULA. Ven aquí, condenao. ¡Dios me perdone! Ven aquí. (Lo coge y trae á escena sujeto de un brazo.)

NIC. ¡Buena la hicimos!

PAULA. ¿No la decía yo á usté que era de la piel del diablo?

NIC. No, no; si... (Aparte.) ¡Bien podía traer sujeto con una cadenita al angelito! Lástima de dinero que he empleado yo en...

ROSA. (Cogiendo los azucarillos.) Ni uno solo ha quedado sano. ¡Vaya con la criaturita! ¡Malhaya!... (Vase por la lateral de la izquierda.)

ESCENA X

DON NICOMEDES, PAULA y QUICO

PAULA. Miá tú que maldecía ocurrencia.

NIC. No, si no tiene importancia la cosa. ¡Vaya! Sujételе usted, sujételе usted, no vaya á repetir.

PAULA. ¡Válgame Dios! Cuando más quisiá una que... en fin, ya usté sabe lo que son chicos.

NIC. Sí. (Aparte.) Desgraciadamente. Y qué, ¿qué le trae á usted por acá de bueno?

PAULA. Pus, la verdá: venía á ponel al chico en la escuela.

NIC. (Aparte.) No en mis días, mientras no le domestiques.

PAULA. Porque, lo que dice su padre; en denguna parte están mejor que allí y tú más descansá.

NIC. (Aparte.) Justo. Al Maestro.

PAULA. Ves á ver á don Nicomedes, le dices lo que hemos pensao y andando.

NIC. (Aparte.) (No andarás mal.) Pues hija, lo siento de veras, lo siento, pero es muy pequeño. Los chicos, hasta los cinco años...

PAULA. Si tié cinco y medio.

NIC. No; digo que, hasta los cinco años, al lado de su madre, para que les vaya enseñando á rezar siquiera. Después, ya es otra cosa: á los siete, por ejemplo, ya ellos van formándose idea de lo que se les dice y...

PAULA. De modo, que no pué ser.

NIC. Imposible, hija. Cá, si está prohibido por los reglamentos y...

PAULA. Pus lo siento. Yo que lo traía too preparao, golberme ahora...

NIC. (Reparando en el lío que en la mano traerá doña Paula.) (¿Qué traerá ahí?)

PAULA. En fin, menos mal, que lo que es, no se echa á perder y se pué aprovechar.

NIC. Traía usted tal vez ..

PAULA. Ná, ná, si después de to, no es ná que valga la pena. Me dijo su padre, llévale algo al maestro pa festejar la entrá del chico y pa que reparta en el bateo; y yo, eché unas libras de chocolate y un poco jamón pa usté, y unas castañas pa que las repartiera entre los muchachos.

NIC. (Ahí viene medio jamón lo menos.)

PAULA. En fin, cómo ha de ser. (Haciendo ademán de marcharse.)

NIC. (¡Canastos!) Oiga usted, oiga usted. Como una excepción de la regla, que no ha de repetirse... (desgraciadamente) consiento en que venga el muchacho.

PAULA. ¿De veras?

NIC. Sí señora. Pero sería muy conveniente que no le dejara usted de la mano, porque es muy travieso.

PAULA. Eso, descuíde usté. Pus usté dirá dónde dejo esto.

NIC. (Con tono de indiferencia.) En cualquier parte... (Lo esencial es que lo dejes.)

PAULA. Aquí queda. Conque hasta mañana.

NIC. Vaya usted con Dios. Y tú, que no seas tan revoltoso, ¿eh?

QUICO. No señor.

PAULA. Hasta mañana, señor Maestro ¡Ah! y siento lo de los azucarillos. (Vase por el foro.)

NIC. ¡Quién se acuerda ya de eso!

ESCENA XI

DON NICOMEDES; después DOÑA INÉS é INESITA

NIC. Veamos qué es lo que encierra este pañuelo. (Acercándose á la mesa y oliendo, sin abrirlo, el pañuelo que dejó sobre la camilla doña Paula.) ¡Uy, cómo huele! Debe de ser de primer orden el contenido. (Empezando á desatarlo.) Vamos á ver, vamos á ver...

INES. Señor Maestro, muy buenas tardes.

NIC. ¡Doña Inés! ¡Inesita!

INESITA. Muy buenas, don Nicomedes.

NIC. Tanto bueno por acá.

INES. Extrañará usted que vengamos á verle, ¿no es verdad?

NIC. Cierto. Y eso que yo me decía: vaya, doña Tomasa sabe lo medianamente que anda el asunto de mi paga, y como no ignora por culpa de quién atravieso tan precaria situación, le da reparo... Así que, doblemente me felicito de verlas por esta casa, porque es señal de que alguna búena noticia tiene que comunicarme.

INES. Pues mire usted, es verdad...

NIC. Vamos á ver, vamos á ver: gracias á Dios que... Pero, siéntense ustedes. (Les ofrece unas sillas y se sientan los tres.)

INES. Digo, que es verdad, que si no veníamos, era por eso.

NIC. ¡Qué tontería! Después de todo, la culpa no es de ustedes, á quienes no puedo en justicia pedir más que una buena voluntad. Su esposo, su esposo es el que... ¡Caramba, mire usted que deberme treinta y cuatro mensualidades!...

INESITA. Eso es atróz.

NIC. ¡No lo sabe usted bien, hija mía!

INES. Yo muchas veces hablo de esto con mi marido y le digo: á don Nicomedes hay que pagarle.

INESITA. Es verdad, muchas veces lo he oído: á don Nicomedes hay que pagarle.

NIC. Pero eso ya lo debe saber su esposo de usted.

INES. Él siempre me contesta que ya verá; que el Municipio está muy mal.

NIC. El que está muy mal—puede usted creerme,—el que está muy mal soy yo: si esto dura, no sé qué va á ser de nosotros. ¡Crea usted que hay veces, que preferiría ser caballo á ser maestro de escuela.

INESITA. ¡Jesús! Don Nicomedes...

INES. ¡Qué ocurrencia! ¡Já, já!

NIC. No, no lo tomen ustedes á broma; y la cosa tiene su explicación.

INES. Qué explicación ni qué...

NIC. Si yo fuera caballo un otoño siquiera, iría á Madrid y puede que me ganara cualquiera de esos premios que regala el Gobierno al *Fomento de la cría caballar.*

INESITA. (Sonriéndose.) ¡Qué don Nicomedes!

INES. Bueno. Ahora, vamos á nuestro asunto.

NIC. Ustedes dirán en qué puedo...

INES. Usted ya sabrá que se prepara en el pueblo una gran función religiosa para el día doce.

NIC. Sí: algo he oído en la plaza el otro día, de unas rogativas ó no sé qué...

INES. Efectivamente. Si llevamos un año imposible. Ni una gota de agua... los campos están que da lástima verlos.

NIC. Sí, y como llueve sobre mojado...

INES. ¿Llover? Eso quisiéramos nosotros, que lloviera.

NIC. Quiero decir, que como ya el anterior fué un año también de una sequía horrorosa...

INES. Calle usted por Dios: si así no hay cosechas posibles.

NIC. Es verdad.

INES. ¿Qué cree usted que cogeremos este año?

NIC. (¿Cogeremos?) Yo... (Yo pienso coger lo que el anterior: el cielo con las manos.

INES. Nada, puede usted creerme, nada.

NIC. Eso creo yo; que no *vamos* á coger nada.

INES. Así que, se ha pensado sacar á la Vírgen en rogativas, á ver si quiere el cielo que el tiempo cambie. Inesita ha hecho unos versos, á los que pondrá música el sacristán y se cantarán el día de la fiesta.

NIC. Vamos, los versos de Inesita, son para provocar una tempestad.

INESITA. Los versos solos, no.

NIC. (Puede que basten.)

INES. Lo que quisiéramos es que usted los repasara antes de que nadie los oyera, por si tuvieran alguna cosa que...

NIC. Como ustedes quieran.

INES. (A Inesita.) Sí. Dáselos, niña.

INESITA. (Dando los versos á don Nicomedes.) No valen nada, ya verá usted.

NIC. Lo creo... Digo, no creo que... vaya, modestía de usted.

INES. Nosotras entre tanto quisiéramos saludar á doña Rosa.

NIC. Debe andar por la cocina tomando el fresco. Pasen ustedes, pasen ustedes. ¡Rosa! Ahí va eso.

ESCENA XII

DON NICOMEDES

Sí; no tengo que hacer ahora más que dedicarme á lecturas peligrosas... porque esto, no me cabe duda, debe ser una lectura peligrosísima. (Leyendo el papel que le dió Inesita.)

Agua, agua, Virgen María.
Agua del cielo Tú nos envía.
Te la pedimos con efusión
los árboles, las flores, los pájaros y yo.
¡Ah! sí.
¡Ah! no.
Mándanos pronto
un chaparrón.
¡Ah! no.
¡Ah! sí.

Un chaparrón
envía aquí. (Ligera pausa.)

No, lo que es yo, no voy á la iglesia el día que estos versos se canten; porque como Dios escuche á esta criatura, me voy á poner como una sopa Vaya, luégo continuaré. Ahora, vamos á lo importante, y lo importante es ver lo que encierra este pañuelo. (Acercándose al pañuelo que dejó Paula sobre la mesa-camilla y oliéndole.) ¡Uy! ¡Cómo huele! ¡Dios mío, yo me pongo malo! ¡Agua del cielo! ¡Ah! sí. ¡Ah! no. (Desatando el pañuelo.) ¡Chocolate!.. ¡Y qué chocolate! Esto es lo que se llama verdadero chocolate sin cacao ni esas porquerías. (Leyendo la cubierta del paquete.) Gran fábrica de chocolates de Ladrillo y Compañía. (Volviendo á examinar el pañuelo.) ¡Jamón! Pues, ¿y el jamón? ¡Vaya un olorcillo que tiene el jamón! No puedo resistir la tentación de tomar una lonchita... Nada, que no la puedo resistir. (Saca un cortaplumas de su bolsillo y parte.) La verdad es, que si yo pudiera comprarme un jamón todos los meses, lo había de pasar muy bien; ¡vaya si lo pasaría! (Probándolo.) ¡Sublime! ¡De primera! Nada, que es de primera. En cuanto el bruto del Alcalde me dé algo siquiera á cuenta de lo que se me adeuda, me compro un jamón. No, dos jamones. Pero es muy bruto el tal para hacer nada por la instrucción, por la...

ESCENA XIII

DICHO y EL ALCALDE

ALC. (Ya dentro.) Me alegro encontrar á usted.

NIC. Pase usted adelante.

ALC. No vengo de bromas, ¿eh? El asunto porque vengo es serio y muy serio.

NIC. ¿Viene usted á anunciarme el día del cobro tal vez?

ALC. Repito que no vengo de bromas.

NIC. No, si esto se lo digo á usted muy de veras.

ALC. ¿El día del cobro? Ya habrá llovido para entonces.

NIC. Sí, ¿eh?

ALC. Hombre... Vamos a ver.

NIC. Diga usted.

ALC. Figúrese usted que usted fuera un hombre honrado, cabal...

NIC. ¡Canastos! Eso no tengo necesidad de figurármelo, que lo soy.

ALC. Ya llegaremos á eso. Y que tuviera usted una mujer á quien quisiera... como se quiere á la mujer propia.

NIC. Adelante. Pero no se me ocurre á cuento de qué viene...

ALC. Un poquito de calma, que á eso vamos. Pues figúrese usted que siendo un hombre en esas condiciones, se encontrara usted el mejor día conque otro hombre... sin aprensión, ni vergüenza... llegaba á atreverse hasta á dar una cita á su mujer de usted; ¿usted qué haría?

NIC. Pues hombre, la cosa...

ALC. Nada, ¿qué haría usted?

NIC. Pues yo, si eso me ocurría el mejor día, le pediría á Dios con toda mi alma que no me diera días mejores.

ALC. ¿Nada más?

NIC. Esto, por lo que toca al primer punto. En cuanto al hombre sin aprensión ni vergüenza que se atreviera á tanto... qué se yo... puede que le rompiera una clavícula.

ALC. Eso ya es algo. Pero dígame usted. Y si se encontrara usted con que el tal era un hombre... viejo... repugnante... un hombre, en fin, de quien no debiera usted temer la competencia, ¿qué haría usted?

NIC. Entonces, pues le rompería otra clavícula.

ALC. Pues prepárese usted, porque no le voy á dejar hueso sano.

NIC. ¿Qué dice usted?

ALC. Lo que usted ha oído, que le voy á romper una clavícula en este mismo momento.

NIC. Usted viene equivocado sin duda.

ALC. No, no vengo equivocado. Sé que le corresponden á usted unos estacazos que tengo que repartir y voy á dárselos.

NIC. Pero ¿qué va usted á hacer?

ALC. Ahora lo verá usted.

NIC. No sea usted atróz, hombre; le digo á usted que viene equivocado. (Don Nicomedes se ampara tras la mesa-camilla de las acometidas del Alcalde.)

ESCENA XIV

DICHOS y DOÑA ROSA

ROSA. ¿Qué voces son estas? ¿Usted por aqui?

NIC. Nada; este caballero que ha venido con ganas de armarla.

ALC. Yo no vengo con ganas de nada, señora; lo que hay es, que no me hace gracia que nadie se divierta conmigo.

ROSA. ¿Pero qué es ello?

NIC. ¿Lo sé yo siquiera? Ha venido ahí con una historia de una cita y no sé qué otros líos...

ALC. No valen hipocresías. Su esposo de usted, es un seductor. Así, clarito.

NIC. ¿Yo?

ROSA. ¿Mi marido?

ALC. Sí señora.

NIC. Hombre, desde que le ví á usted entrar por esa puerta, comprendí que no venía usted bueno.

ALC. (A doña Rosa.) ¿Qué dice usted?

ROSA. Que no puede ser.

ALC. Pues sí que puede ser: ¿lo sabré yo?

NIC. (Al Alcalde.) ¿No ha oído usted que no puede ser? ¡Si lo sabrá ella!

ALC. ¡Ea! A ver qué dice usted ahora. (Presentándole una carta á doña Rosa.) ¿Conoce usted la letra?

ROSA. ¿A ver?

NIC. ¿Y qué es eso? ¿A ver? ¡Toma! la carta de Andrés.

ALC. ¿Qué ha dicho usted?

ROSA. Ya decía yo.

NIC. ¿Y es por eso por lo que viene usted tan fosco?

ALC. ¡Si le parece á usted!

NIC. ¡Já, já, já!

ROSA. Tiene gracia.

ALC. Yo le pego.

ROSA. Pero venga usted acá, hombre de Dios.

ALC. Yo no tengo que ir á ninguna parte. Esta carta está escrita por su marido de usted.

NIC. ¿Y qué?

ROSA. Sí señor.

ALC. Y dirigida á mi mujer.

ROSA. No señor.

ALC. ¿Lo querrá usted saber mejor que yo?

NIC. Nada: no te molestes; déjalo.

ROSA. Pero diga usted. En su casa, ¿no hay más mujeres que la suya?

ALC. No entiendo...

NIC. (Eres tú muy bruto.)

ROSA. Y en el pueblo, ¿no hay más hombres que este?

ALC. ¡Ah! qué sospecha... pero, cá, no cuela.

NIC. ¡Hombre! ¿cree usted que ni mi edad, ni mi alimentación permiten...

ALC. La carta es de usted.

NIC. Dale... ¿No le han dicho á usted ya que sí?

ALC. Y el mentecato á que en ella se alude, soy yo.

NIC. Sí señor... es decir, yo ignoraba la persona á quien...

ALC. De modo, que no se trata de mi mujer.

ROSA. ¡Qué disparate!

NIC. Eso es algún noviajo de la niña, que no merece siquiera...

ALC. (Al Maestro.) ¿Quiere usted decirme por qué hace estas cosas?

NIC. Por bien poco; puede usted creerme.

ALC. ¡Cuánto más valiera que atendiera usted con más esmero al cumplimiento de su cometido!

ROSA. ¡Lástima no hable usted todavía!

NIC. ¡Alto, señor Alcalde, eso sí que no lo consiento! Hable usted cuanto le venga en gana, pero no censure el modo con que desempeño mi cometido, que está muy por cima del que ustedes tienen de cumplir conmigo.

ROSA. No tienen ellos la culpa.

ALC. Si su esposo de usted no hiciera más que lo que debe...

ROSA. Si mi esposo no hiciera más que lo que debe, hubiera dejado ya esta escuela, que sólo le produce disgustos.

ALC. Pues cuando no tiene cuenta una cosa, se deja.

ROSA. Y tanto como la dejará.

ALC. No faltará quien...

NIC. Sí, es una bicoca. Puede usted anunciar la vacante desde luégo, pero advirtiendo que las pesetas con que está dotada la plaza, son nominales; así sabrá á qué atenerse el que la acepte.

ALC. ¡Hombre, cualquiera diría que se le debe á usted una fortuna!

NIC. ¿Te parece? (A su mujer.)

ROSA. ¡No, si es poco todavía! Cuando dan ustedes con simples como él, hacen perfectamente.

ALC. ¡Señora!...

ROSA. Nada, lo dicho. ¡Tramposos!

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA INÉS é INESITA

INES. No podemos esperar más. (Viendo á su esposo.) ¡Cómo! tú...

ALC. ¿Ustedes en esta casa?

INES. ¿Pero eran contigo las voces que?...

ALC. ¡Conmigo, por esta señorita! (A su hija.) Venga usted

acá. ¿Viene usted también á que don Nicomedes la escriba alguna carta para el novio?

INES. Pero ¿qué dices? (Á su esposo.)

INESITA. Yo...

INES. ¿Inesita cartas para el novio?

ALC. (Remedando á su mujer.) ¿Inesita cartas para el novio?... Estás tocando el violón. (Á su hija.) ¿Quiere usted decir, hipocritilla, con quién se permite usted andar en amoríos sin mi permiso?

INESITA. (¡Dios mío, todo lo sabe!)

INES. ¿Es decir, que me estabas engañando?

INESITA. ¡Pero madre... si yo!...

ESCENA XVI

DICHOS y ANDRÉS

ANDRES. (Con un talego en la mano en que trae lo prometido á don Nicomedes. Entra con aire satisfecho y hablando fuerte.) Ya estoy aquí, don Nicomedes. (Al ver al Alcalde y familia.) ¡¡Cataplúm!! ¡¡*Güena* la hicimos!!

INESITA. (Al ver á Andrés.) ¡Dios mío! ¡Andrés!

NIC. (Al Alcalde.) Ahí tiene usted á su hombre.

ALC. ¿Qué?

NIC. Al de la cartita.

ALC. ¿Dónde está? (Viendo á Andrés.) ¿Ese? Va usted á ver.

ROSA. Éste va á hacer alguna barbaridad.

NIC. Es muy posible.

ALC. (Yéndose á Andrés.) ¡Oiga usted!

ANDRES. (Intenta escapar.) Vuelvo, vuelvo.

ALC. No señor. (Cogiéndole de la chaqueta y trayéndole de un brazo á donde están las demás figuras.) ¡Si tenemos que arreglar los dos una cuenta!

ANDRES. Si no sé de números.

ALC. Venga usted acá.

ROSA. ¿Cómo acabará esto?

ALC. (Presentando á Andrés ante Inesita.) Aquí le tienes.

INES. ¿Conque este zagalón?...

ANDRES. Yo tengo mi nombre, ¿sabe usted?
INESITA. Pero... si yo... si él...
NIC. Justo. Si los dos...
ALC. (Al Maestro.) Apártese usted, hombre.
NIC. ¡Caramba!
ALC. (A Inesita que está con la vista fija en el suelo.) Sí, mucho miedo, mucho miedo y poca... (Volviéndose bruscamente á Andrés.) Y usted, ¿tampoco dice nada?
ANDRES. Pues no paece más que tié algo de particular que los dos queramos casarnos.
INES. (Rápida.) ¿Usted casarse con mi hija?
ANDRES. Sí señora.
ALC. ¿Usted casarse con mi Inés?
ANDRES. No, que moy á casar con usté. Allá veremos.
ROSA. ¡Miren, miren el mastuerzo!
INES. (A su marido.) Nos las apuesta.
ALC. (A Andrés.) ¡Ya se está usted quitando de delante de mi vista!
ROSA. ¡Cálmese usted!
ANDRES. Ya me voy, hombre, ya me voy. No hay que sofocarse por tan poco. Como dijo el otro, después de tóo, un hombre siempre es un hombre.
NIC. ¡Adiós, Séneca!
ANDRES. Y vale mucho.
ALC. Bueno. Vaya usted con Dios.
ANDRES. Si ya me voy. Tan y mientras quiera ella, y tan y mientras quiera yo, como si no. (Dirígese al foro, haciendo antes como si fuera á decir algo á Inesita.)
ALC. ¿Qué es eso?
INES. ¡Qué descaro!
ALC. Lejos de aquí, ó no respondo de...
ANDRES. ¡Ya lo he oído, hombre, ya lo he oído! ¡Cuidao con la gente! (Vase; pero antes, como distraído, dirígese al talego en que trajo á don Nicomedes lo prometido, con propósitos de llevársele.)
NIC. (Con rapidéz y quitándosele.) De ningún modo. No consiento que te molestes.

ESCENA XVII

DICHOS, menos ANDRÉS

ALC. (Al Maestro.) Ahí tiene usted las consecuencias de sus cartitas.

NIC. Es la única que he escrito. Además, no hubiera faltado quien me sustituyera.

ALC. Ea, en marcha, que tengo que estar en el Ayuntamiento antes de las dos.

INES. Cuando quieras.

ALC. (A Inés.) Ya me entenderé con usted, señorita.

INES. (A don Nicomedes.) ¡Ah! ¿Vió usted aquello? ¿Encontró usted algo que no...?

NIC. Nada absolutamente. Creo de todas veras, que conseguirán ustedes sus propósitos. En cuanto estos versos se canten, habrá lluvia... (y pedrisco y granizo) en fin, una verdadera tempestad.

ALC. ¿De qué se trata?

INES. Ya lo sabrás. Es una sorpresa que te preparo.

ALC. Ya lo dirás si quieres.

NIC. Prepare usted el paraguas por si acaso.

INESITA. ¡Pobre Andrés!

ALC. Vamos, vamos.

NIC. Yo espero que...

ALC. (Tapándole la boca y no dejándole hablar.) Sé lo que va usted á decirme. Se le pagará á usted, hombre, se le pagará á usted, aun cuando no es eso lo que se acostumbra Pero, nada de escrituras de cierto género en lo sucesivo, ¿eh?

NIC. Como usted me dé esos cuartos, soy capáz de suprimir la escritura hasta en el colegio.

INES. Vaya, que ustedes lo pasen bien.

INESITA. Muy buenas.

ROSA. Vayan ustedes con Dios.

ALC. Hasta otra vista.

NIC. Vayan ustedes con Dios.

ROSA. Abur.

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA ROSA y DON NICOMEDES

ROSA. ¡Qué día! Estoy mareada.

NIC. Hija, otros habrá peores. No podemos quejarnos. Nos han surtido de comestibles, y además, para que todo se ponga bien, ya has oído al Alcalde. ¡Por fin nos van á dar esos cuartos! ¿Qué nos falta?

ROSA. ¿Qué nos falta? Hombre, y... (Señalando al público.)

NIC. ¡Ah! sí, tú verás. (Al público.)

Una palmada no es nada
si el boceto te agradó.
No me contestes que no
y otórgame una palmada. (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.

9254

La que salta

Melgar

17

MARIANO NÚÑEZ SAMPER, EDITOR
SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

ARITMÉTICA GENERA

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 49—2 reales
(Contiene las entregas 66 á 69)

ADMINISTRACIÓN

LA QUE SALTA

Boceto de costumbres populares, en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

D. FIDEL MELGARES

ado con éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 15 de Febrero
de 1892.

A mi querido Salvador, amigo frío a rato
pero buen amigo siempre en prueba de que
no le olvida, F. Melgares

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES	ACTORES	
—	—	
DON NICOMEDES (maestro de escuela)........................	Don	Manuel Dí
DOÑA ROSA (su mujer)..........	Doña	Rita Revil
DOÑA INÉS (mujer del Alcalde)....	»	Juana Gonz
PAULA (madre de Quico)..........	Srta.	Alisedo.
INESITA (hija de doña Inés).......	»	Bertomeu.
EL ALCALDE..........	Don	Fernando C
ANDRÉS........................	Sr.	Rivelles.
QUICO (niño)....................		Niña Alcar

Niños del pueblo.

La escena en un pueblo de la Mancha.

A LA CAUSA ÚNICA

DE TODOS MIS RECUERDOS Y ASPIRACIONES

Fidel Melgares.

ACTO UNICO

La escena representa una sala humilde de pueblo, con puerta al foro y laterales. La de la izquierda comunica con las habitaciones interiores de la casa y la de la derecha con la destinada al colegio. En las paredes, se ve alguna estampa representando escenas religiosas y una percha de madera en que se ve la capa y el sombrero de don Nicomedes. En la escena seis sillas de paja y una mesa-camilla con faldas de bayeta verde: junto á la mesa una silla de costura, de paja también, en que aparece sentada y haciendo media doña Rosa. Al levantarse el telón se oirá el final de una oración de las que se acostumbran á rezar antes de salir los niños del colegio, concluída la cual, y con el murmullo y algazara acostumbrados, salen los chicos por la puerta lateral de la derecha y van desfilando por la del foro.

ESCENA PRIMERA

DON NICOMEDES y NIÑOS

NIÑ. 1.° Hasta mañana si Dios quiere, que usted lo pase bien.

NIÑ. 2.° Hasta mañana si Dios quiere.

NIC. Andad con Dios. Que seáis buenos; que estudiéis mucho...

NIÑOS. Hasta mañana si Dios quiere, que usted lo pase bien. (Vanse.)

NIC. Y cuidado con hacerme novillos, ¿eh? (Viendo á un chico que pone á otro el pié para que caiga.) ¿Qué es eso? ¿Quiere usted apostar á que se queda sin comer?

ESCENA II

DON NICOMEDES y DOÑA ROSA

NIC. (Mirando á la puerta por donde se fueron los muchachos.) ¡Ay! gracias á Dios que me dejáis en paz unos momentos. Te aseguro, Rosa, que hace falta todo el entusiasmo, toda la resignación y toda la necesidad que tenemos nosotros, para no haber enviado ya al diantre esta honrosísima profesión.

ROSA. No me hables de eso; porque cuando pienso en las rabietas que pasas desasnando tanto muñeco, en lo poco que te lo agradecen y en lo mal que te lo pagan, me llevan los demonios.

NIC. No exageres, hija, no exageres...

ROSA. Vas á decir todavía...

NIC. Como mal no me lo pagan: la verdad ante todo. Eso quisiera yo, que me lo pagaran, aunque fuera mal.

ROSA. Tienes razón.

NIC. Y eso que otros podrán quejarse con mayor motivo, pues á mí—Dios no me olvide—no deja de ayudarme la suerte, y otros pueblos hay de menos provecho y escuelas peores.

ROSA. Sí, pero eso agradéceselo á la casualidad y á la poca disposición de estas gentes para ciertas cosas, que lo que es al Gobierno...

NIC. El Gobierno, ¡jé, jé! buena cosa me has nombrado; el Gobierno. Como estuviéramos esperando á que el Gobierno nos diera de comer...

ROSA. No haria sino atender una obligación sagrada.

NIC. Quita, mujer. Para el Gobierno no hay nada sagrado más que el presupuesto, ni puede ocuparse de la vida de los demás, ocupado en alargar la suya propia. Ten-

go ganas de leer en los periódicos algún suelto concebido en estos ó parecidos términos. Al Ministro de tal, ó al Director de cual ramo, se le adeudan diez y siete mensualidades. Me voy á morir con las ganas.

ROSA. En cambio ellos leen todos los días noticias semejantes, relacionadas con los maestros de escuela, y...

NIC. No las leen, créeme á mí.

ROSA. ¿Que no las leen?

NIC. Mujer, yo creo que no las leen; porque si creyera que las leían, tenía que creer otras cosas peores.

ROSA. Tienes razón.

NIC. Yo, sin embargo, no desmayo. Hé aquí mi última lamentación, eco fiel de un estómago desfallecido. (*Saca un periódico del bolsillo y lee.*) «Al profesor de Instrucción primaria de Villasintrigo, se le adeudan, según carta que nos dirige el interesado, treinta y cuatro mensualidades, ó lo que es igual, tres mil doscientas cuarenta y tres pesetas. ¿En qué país vivimos, señor ministro de Fomento?» Eso digo yo, ¿en qué país vivimos?

ROSA. ¡Infames! ¡Como si tuviéramos aquí una mina de de donde ir sacando.

NIC. Efectivamente: nos tratan como si tuviéramos una mina, cuando los que tienen una mina con nosotros son ellos. Yo, por supuesto, ya no quiero cobrar.

ROSA. ¿Qué dices?

NIC. No, digo, que si he puesto este suelto, ha sido más bien por ver si consigo que al Alcalde le [illegible] un recorrido. Le tengo una ira...

ROSA. Como que se está atiborrando, mientras nosotros...

ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS, *por el foro.*

ANDRES. (*Ya dentro.*) ¿Se pué entrar?

ROSA. Adelante, hombre, adelante.

NIC. (Aparte.) (Yo que él lo pregunto al marcharme.)
ANDRES. ¿Cómo están ustés?
ROSA. Nosotros, bien, á Dios gracias. ¿Y tú?
ANDRES. Güeno.
NIC. Güeno... digo, bueno hombre, bueno. Tú tan fortachón y tan guapote como siempre... (Y tan animal.)
ANDRES. Sí señor.
ROSA. Dale una silla.
ANDRES. Déjelo usté, señor Maestro. (Sentándose en una silla que le habrá dado don Nicomedes.) ¿A qué se va usté á molestar?
ROSA. ¡Déjalo, hombre!
NIC. ¿Qué te trae por aquí?
ANDRES. Pues... ¡Jé, jé!
NIC. (Aparte.) (¡Qué traerá este gaznápiro!)
ANDRES. Me da cortedá.
NIC. Vamos, hombre, ¿tan malo es lo que vas á decirnos?
ANDRES. No, pero... si estuviéramos solos...
ROSA. Os dejo un momento. Voy á ver si...
ANDRES. No, no. Si esto no quié decir que usté estorbe...
ROSA. ¡Qué disparate!... (¡Habrá estúpido!)
ANDRES. Pero si se quié usté marchar, mejor.

ESCENA IV

DON NICOMEDES y ANDRÉS

NIC. Ea, ya estamos solos.
ANDRES. La verdá, no... no sé cómo empezar.
NIC. Vamos, hombre, ¿no tienes confianza en mí?
ANDRES. Sí... si no es por eso.
NIC. Entonces...
ANDRES. Es que... pues misté, señor Maestro, la verdá; yo tengo novia.
NIC. ¡Hombre! ¿Conque tienes novia? Bien, ¿y qué?...
ANDRES. Misté... no se vaya usté á ofender.
NIC. Yo, ¿qué me he de ofender porque tengas novia?

ANDRES. Pues la verdá; yo quisiá que usté me pusiera una carta pa ella.

NIC. ¿Qué?

ANDRES. Como yo tengo una letra tan rematá, y luégo que quisiá ponerla una carta en verso; como mañana es su santo... y como sé que usté las saca de la cabeza como quiere, si usté quiere pué hacerlo: yo me acordé y dije, pues voy, y pué que me la ponga... y aluégo yo sabré lo que he de hacer con él.

NIC. ¿Con quién?

ANDRES. Con usté.

NIC. ¿Qué vas á hacer conmigo después que te escriba la carta?

ANDRES. Si lo digo porque yo no soy desagradecido.

NIC. ¡Andrés!

ANDRES. Y ya sabe usté que tengo medios de...

NIC. Ni me hables de eso.

ANDRES. Si se ha de enfadar usté, entonces...

NIC. Digo que eso ni debe decirse... (eso se hace.) ¿Conque una carta en verso?

ANDRES. Sí señor.

NIC. Bueno, pues vuelve luégo y...

ANDRES. Yo la quisiera ahora, porque... ahora, es la hora en que puo verla, y llego y se la doy por la ventana.

NIC. (¿Qué le escribo yo á este muchacho?) Mira, pues espera un poco, voy á ver si me sopla la musa. (Vase por la puerta en que se supone está el Colegio.)

ESCENA V

ANDRES, solo.

¿La musa? ¿Quién será esa que le va á soplar? Pus señor, bien. Así, mientras el padre está en el Ayuntamiento, yo... Cuidiao con el hombre también, ¿por qué no querrá que tenga relaciones su hija? Pus hombre, ni que la guardara pa monja exprofesa. Y eso

que... ¡jé, jé! tan y mientras quiera ella, y tan y mientras quiera yo, como si quisiera. Ahora llego, si no está en la ventana la echo la carta; si está... si está, claro, si está no se la echo; si está se la doy, eso es.

ESCENA VI

ANDRES y DON NICOMEDES

NIC. Ya está.

ANDRES. ¿Qué sabe usté?

NIC. ¿El qué? Si digo que ya está la carta...

ANDRES. ¡Ah! A ver, á ver. No, léala usté.

NIC. Dice así:

«Reina de Villasintrigo:
Mañana, por ser tu santo,
me alegraré que lo pases
llena del mayor regalo.
Tú no te olvides de mí,
que yo estaré en tí pensando,
y acudiré á tu ventana;
y mientras el mentecato
que te guarda, ufano esté
de la fiesta disfrutando,
yo pasaré junto á tí,
si me dejan, un buen rato.
No faltes, que ya verás
cómo yo tampoco falto.
No faltes que me haces falta.
Que no faltes: tuyo, Paco.»

ANDRES. (Que ha celebrado con entusiasmo varios versos de la carta.) No, Andrés.

NIC. Sí, hombre, sí, este es un pseudónimo.

ANDRES. ¡Ah! ¿Un *sudónimo?*

NIC. Claro, hombre. Así, aunque el padre coja esta carta á la muchacha, no...

ANDRES. Es verdá; miste, pues no se me había á mí ocurrio.
NIC. No hay que dejar suelto ningún cabo... (Le da la carta.)
ANDRES. Sí, sí. Esto es lo que yo quería.
NIC. ¿Te ha gustado?
ANDRES. ¡Digo! ¿Ve usté esto que no vale ná?...
NIC. ¿Qué?
ANDRES. No, quiero decir pa usté, que en un momento... pues yo hubiá estao sabe Dios, y de seguro no la pongo tan bien.
NIC. ¡Hombre!
ANDRES. Lo dicho... Ea, me voy, que quiero cuanto antes... Aluégo vendré con unas frioleriyas.
NIC. Déjate de...
ANDRES. ¿Dejarme? He de hacer que de la chimenea de mi casa se descuelguen pa usté los mejores chorizos.
NIC. Si no valen...
ANDRES. ¿Mis chorizos? No los come mejor ni...
NIC. Digo los versos; que no valen que te molestes siquiera.
ANDRES. Güeno fuera. Ná, ná, lo dicho. Voy corriendo á ver si... (Hace que se va y vuelve.) ¡Ah! Que no diga usté á naide que ha sío usté el que me ha puesto los versos, ¿eh?
NIC. Descuída. ¡No faltaba más!
ANDRES. ¡Adiós, señor Maestro!... ¿A que no sabe usté qué es lo que me ha gustao más de la carta?
NIC. No sé...
ANDRES. Eso del mantecato que le hice usté al padre. Ea, diquiá luégo. (Vase por el foro.)
NIC. ¡Anda bendito de Dios, atún!

ESCENA VII

DON NICOMEDES y DOÑA ROSA

ROSA. ¿Se ha ido ya ese cuadrúpedo?
NIC. Sí; sal, sal ya, mujer.

ROSA. ¡Pero qué groserotes son todos estos ricachos!

NIC. Mira, da por bien empleada tu retirada y no se te ocurra hablar mal de ese cuadrúpedo, como tú le llamas, porque gracias á él tendremos... Díme, ¿te gusta á tí el embutido que hacen en casa de don Esteban?

ROSA. No sé, porque como nunca lo he probado...

NIC. Pues lo probarás.

ROSA. ¿Qué dices?

NIC. Y otras friolerillas que pronto nos traerá Andresito.

ROSA. Bueno, ante todo. ¿Qué te quería con tanto misterio?

NIC. ¿Que qué me quería?

ROSA. Sí.

NIC. Que le escribiese una carta para la novia.

ROSA. No te habrás rebajado hasta escribir una cosa semejante.

NIC. Vaya si me he rebajado.

ROSA. ¡Pero hombre!

NIC. Pero mujer; si tienen estos cuadrúpedos una manera de pedir las cosas, que no hay sino decirles sí inmediatamente. Empezó diciéndome que ya sabía yo que él no era desagradecido y que tenía medios... en fin, que se enterneció mi estómago, y á morir; le dije que sí.

ROSA. ¡Maldita necesidad!

NIC. Luégo, se trataba de una carta en verso.

ROSA. ¡Ah!... vamos.

NIC. Toma; si no... (no le digo que no tampoco.) Sí, hija, sí; una carta en verso lleva, que de seguro...

ROSA. Bonita, ¿eh?

NIC. ¡Vaya!

ROSA. Dí. ¿Y tú crees que traerá lo que te ha ofrecido?

NIC. Ni lo dudes siquiera. Si su casa es de esas en que ni aun saben lo que tienen. Aunque don Esteban después le rompa un alón, lo trae, indudablemente. ¡Ay! Ahora que me acuerdo, que tengo que ir á dar esa lección y será tarde quizás. Mi capa, mi sombrero.

Ea, hasta luégo, hija mía. ¡Ah! que si viene ese cuadrúpedo, lo trates con muchísima consideración, ¿eh?

ROSA. Sí, hombre, sí; descuida. Oye, oye: Tráete unos azucarillos cuando vengas.

NIC. Bueno, hasta luégo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA ROSA

Pobre Nicomedes. La verdad es, que si no fuera por esa disposición que Dios le ha dado para todo, no sé qué iba á ser de nosotros, porque, como estuviéramos atenidos á la paga, ya, ya, ¡buen pelo íbamos á echar! Aun así, no le tenemos muy bueno que digamos. Yo, sin embargo, en medio de lo triste de nuestra situación, tengo un consuelo, porque, si bien es verdad que no estamos muy bien, comprendo que aún podíamos estar peor... Aunque peor que estamos... qué se yo...

ESCENA IX

DICHA, PAULA, QUICO y *después* DON NICOMEDES

QUICO. (*Forcejeando por desasirse de su madre, que lo trae casi arrastrando.*) ¡No quiero, ea! ni más ni menos.

PAULA. ¡Chiquillo! ¿Da usté su premiso?

ROSA. Adelante, mujer. ¿Pero qué es?...

PAULA. Ná, si es que este chiquillo... ¿No está don Nicomedes?

ROSA. Ha salido, pero no tardará en dar la vuelta. Siéntate.

PAULA. Con premiso. Pus yo venía...

ROSA. Si es algo que pueda yo...

PAULA. No señora; es decir, no y sí; porque, como dijo el otro, usté al fin es la señora del señol maestro.

ROSA. (Y sin que lo diga el otro.)

PAULA. Y lo mismo viene usté á ser aquí, que yo en mi casa: y yo en mi casa...

ROSA. (A dónde irá á parar.)

PAULA. Si le digo á mi marido esto hay que hacel, esto sace y sa remató.

ROSA. Pero bueno...

PAULA. Pus misté; yo venía á ponel al chico en la escuela, porque no quiero que sea un bestia como su padre.

ROSA. ¡Mujer!

PAULA. Si es la verdá. Y además; que siempre estará aquí más recogío y mejor que arrastrándose por el barro, que no consigue una verlos limpios nunca y to lo estrozan. Miste, ¿ve usté esta chaqueta? (Arrimándole una de las mangas que estará llena de barro á la cara.) Pues se la he puesto nueva hoy pa venil á vel al maestro y miste ya cómo la tiene.

ROSA. Bueno, pues mira, Nicomedes, como te he dicho antes, no debe tardar: espérale y él te dirá lo que resuelve: aunque parece demasiado pequeño para...

PAULA. No lo crea usté. Tan chequetito como le ve usté ahí, pus es un demonio que no me deja hacer ná: por eso se le traigo al maestro, á ver si él...

ROSA. Haces bien. Siendo tan malo... (al maestro con el muerto.) (Quico, que durante la escena está pugnando por escaparse á la calle, en este momento consigue su objeto y sale por el foro corriendo, á tiempo que don Nicomedes vuelve, se encuentra con él, y del golpe que ambos reciben en el encuentro, don Nicomedes casi cae y tira al suelo un papel con azucarillos que traerá en la mano.)

NIC. Bien decía yo, que me parecía tarde... ¡Jesús, María y José!

PAULA. Pero chico.

ROSA. ¡Diablo de chiquillo!

PAULA. Ven aquí, condenao. ¡Dios me perdone! Ven aquí. (Lo coge y trae á escena sujeto de un brazo.)

NIC. ¡Buena la hicimos!

PAULA. ¿No la decía yo á usté que era de la piel del diablo?

NIC. No, no; si... (Aparte.) ¡Bien podía traer sujeto con una cadenita al angelito! Lástima de dinero que he empleado yo en...

ROSA. (Cogiendo los azucarillos.) Ni uno solo ha quedado sano. ¡Vaya con la criaturita! ¡Malhaya!... (Vase por la lateral de la izquierda.)

ESCENA X

DON NICOMEDES, PAULA y QUICO

PAULA. Miá tú que maldecía ocurrencia.

NIC. No, si no tiene importancia la cosa. ¡Vaya! Sujétele usted, sujételo usted, no vaya á repetir.

PAULA. ¡Válgame Dios! Cuando más quisiá una que... en fin, ya usté sabe lo que son chicos.

NIC. Sí. (Aparte.) Desgraciadamente. Y qué, ¿qué le trae á usted por acá de bueno?

PAULA. Pus, la verdá: venía á ponel al chico en la escuela.

NIC. (Aparte.) No en mis días, mientras no le domestiques.

PAULA. Porque, lo que dice su padre; en denguna parte están mejor que allí y tú más descansá.

NIC. (Aparte.) Justo. Al Maestro.

PAULA. Ves á ver á don Nicomedes, le dices lo que hemos pensao y andando.

NIC. (Aparte.) (No andarás mal.) Pues hija, lo siento de veras, lo siento, pero es muy pequeño. Los chicos, hasta los cinco años...

PAULA. Si tié cinco y medio.

NIC. No; digo que, hasta los cinco años, al lado de su madre, para que les vaya enseñando á rezar siquiera. Después, ya es otra cosa: á los siete, por ejemplo, ya ellos van formándose idea de lo que se les dice y...

PAULA. De modo, que no pué ser.

NIC. Imposible, hija. Cá, si está prohibido por los reglamentos y...

PAULA. Pus lo siento. Yo que lo traía too preparao, golberme ahora...

NIC. (Reparando en el lío que en la mano traerá doña Paula.) (¿Qué traerá ahí?)

PAULA. En fin, menos mal, que lo que es, no se echa á perder y se pué aprovechar.

NIC. Traía usted tal vez ..

PAULA. Ná, ná, si después de to, no es ná que valga la pena. Me dijo su padre, llévale algo al maestro pa festejar la entrá del chico y pa que reparta en el bateo; y yo, eché unas libras de chocolate y un poco jamón pa usté, y unas castañas pa que las repartiera entre los muchachos.

NIC. (Ahí viene medio jamón lo menos.)

PAULA. En fin, cómo ha de ser. (Haciendo ademán de marcharse.)

NIC. (¡Canastos!) Oiga usted, oiga usted. Como una excepción de la regla, que no ha de repetirse... (desgraciadamente) consiento en que venga el muchacho.

PAULA. ¿De veras?

NIC. Sí señora. Pero sería muy conveniente que no le dejara usted de la mano, porque es muy travieso.

PAULA. Eso, descuíde usté. Pus usté dirá dónde dejo esto.

NIC. (Con tono de indiferencia.) En cualquier parte... (Lo esencial es que lo dejes.)

PAULA. Aquí queda. Conque hasta mañana.

NIC. Vaya usted con Dios. Y tú, que no seas tan revoltoso, ¿eh?

QUICO. No señor.

PAULA. Hasta mañana, señor Maestro ¡Ah! y siento lo de los azucarillos. (Vase por el foro.)

NIC. ¡Quién se acuerda ya de eso!

ESCENA XI

DON NICOMEDES; después DOÑA INÉS é INESITA

NIC. Veamos qué es lo que encierra este pañuelo. (*Acercándose á la mesa y oliendo, sin abrirle, el pañuelo que dejó sobre la camilla doña Paula.*) ¡Uy, cómo huele! Debe de ser de primer orden el contenido. (*Empezando á desatarle.*) Vamos á ver, vamos á ver...

INES. Señor Maestro, muy buenas tardes.

NIC. ¡Doña Inés! ¡Inesita!

INESITA. Muy buenas, don Nicomedes.

NIC. Tanto bueno por acá.

INES. Extrañará usted que vengamos á verle, ¿no es verdad?

NIC. Cierto. Y eso que yo me decía: vaya, doña Tomasa sabe lo medianamente que anda el asunto de mi paga, y como no ignora por culpa de quién atravieso tan precaria situación, le da reparo... Así que, doblemente me felicito de verlas por esta casa, porque es señal de que alguna búena noticia tiene que comunicarme.

INES. Pues mire usted, es verdad...

NIC. Vamos á ver, vamos á ver: gracias á Dios que... Pero, siéntense ustedes. (*Les ofrece unas sillas y se sientan los tres.*)

INES. Digo, que es verdad, que si no veníamos, era por eso.

NIC. ¡Qué tontería! Después de todo, la culpa no es de ustedes, á quienes no puedo en justicia pedir más que una buena voluntad. Su esposo, su esposo es el que... ¡Caramba, mire usted que deberme treinta y cuatro mensualidades!...

INESITA. Eso es atróz.

NIC. ¡No lo sabe usted bien, hija mía!

INES. Yo muchas veces hablo de esto con mi marido y le digo: á don Nicomedes hay que pagarle.

INESITA. Es verdad, muchas veces lo he oído: á don Nicomedes hay que pagarle.

NIC. Pero eso ya lo debe saber su esposo de usted.

INES. Él siempre me contesta que ya verá; que el Municipio está muy mal.

NIC. El que está muy mal—puede usted creerme,—el que está muy mal soy yo: si esto dura, no sé qué va á ser de nosotros. ¡Crea usted que hay veces, que preferiría ser caballo á ser maestro de escuela.

INESITA. ¡Jesús! Don Nicomedes...

INES. ¡Qué ocurrencia! ¡Já, já!

NIC. No, no lo tomen ustedes á broma; y la cosa tiene su explicación.

INES. Qué explicación ni qué...

NIC. Si yo fuera caballo un otoño siquiera, iría á Madrid y puede que me ganara cualquiera de esos premios que regala el Gobierno al *Fomento de la cría caballar.*

INESITA. (Sonriéndose.) ¡Qué don Nicomedes!

INES. Bueno. Ahora, vamos á nuestro asunto.

NIC. Ustedes dirán en qué puedo...

INES. Usted ya sabrá que se prepara en el pueblo una gran función religiosa para el día doce.

NIC. Sí: algo he oído en la plaza el otro día, de unas rogativas ó no sé qué...

INES. Efectivamente. Si llevamos un año imposible. Ni una gota de agua... los campos están que da lástima verlos.

NIC. Sí, y como llueve sobre mojado...

INES. ¿Llover? Eso quisiéramos nosotros, que lloviera.

NIC. Quiero decir, que como ya el anterior fué un año también de una sequía horrorosa...

INES. Calle usted por Dios: si así no hay cosechas posibles.

NIC. Es verdad.

INES. ¿Qué cree usted que cogeremos este año?

NIC. (¿Cogeremos?) Yo... (Yo pienso coger lo que el anterior: el cielo con las manos.

INES. Nada, puede usted creerme, nada.

NIC. Eso creo yo; que no *vamos* á coger nada.

INES. Así que, se ha pensado sacar á la Vírgen en rogativas, á ver si quiere el cielo que el tiempo cambie. Inesita ha hecho unos versos, á los que pondrá música el sacristán y se cantarán el día de la fiesta.

NIC. Vamos, los versos de Inesita, son para provocar una tempestad.

INESITA. Los versos solos, no.

NIC. (Puede que basten.)

INES. Lo que quisiéramos es que usted los repasara antes de que nadie los oyera, por si tuvieran alguna cosa que...

NIC. Como ustedes quieran.

INES. (A Inesita.) Sí. Dáselos, niña.

INESITA. (Dando los versos á don Nicomedes.) No valen nada, ya verá usted.

NIC. Lo creo... Digo, no creo que... vaya, modestía de usted.

INES. Nosotras entre tanto quisiéramos saludar á doña Rosa.

NIC. Debe andar por la cocina tomando el fresco. Pasen ustedes, pasen ustedes. ¡Rosa! Ahí va eso.

ESCENA XII

DON NICOMEDES

Sí; no tengo que hacer ahora más que dedicarme á lecturas peligrosas... porque esto, no me cabe duda, debe ser una lectura peligrosísima. (Leyendo el papel que le dió Inesita.)

Agua, agua, Virgen María.
Agua del cielo Tú nos envía.
Te la pedimos con efusión
los árboles, las flores, los pájaros y yo.
¡Ah! sí.
¡Ah! no.
Mándanos pronto
un chaparrón.
¡Ah! no.
¡Ah! sí.

Un chaparrón
envía aquí. (Ligera pausa.)

No, lo que es yo, no voy á la iglesia el día que estos versos se canten; porque como Dios escuche á esta criatura, me voy á poner como una sopa Vaya, luégo continuaré. Ahora, vamos á lo importante, y lo importante es ver lo que encierra este pañuelo. (Acercándose al pañuelo que dejó Paula sobre la mesa-camilla y oliéndole.) ¡Uy! ¡Cómo huele! ¡Dios mío, yo me pongo malo! ¡Agua del cielo! ¡Ah! sí. ¡Ah! no. (Desatando el pañuelo.) ¡Chocolate!.. ¡Y qué chocolate! Esto es lo que se llama verdadero chocolate sin cacao ni esas porquerías. (Leyendo la cubierta del paquete.) Gran fábrica de chocolates de Ladrillo y Compañía. (Volviendo á examinar el pañuelo.) ¡Jamón! Pues, ¿y el jamón? ¡Vaya un olorcillo que tiene el jamón! No puedo resistir la tentación de tomar una lonchita... Nada, que no la puedo resistir. (Saca un cortaplumas de su bolsillo y parte.) La verdad es, que si yo pudiera comprarme un jamón todos los meses, lo había de pasar muy bien; ¡vaya si lo pasaría! (Probándolo.) ¡Sublime! ¡De primera! Nada, que es de primera. En cuanto el bruto del Alcalde me dé algo siquiera á cuenta de lo que se me adeuda, me compro un jamón. No, dos jamones. Pero es muy bruto el tal para hacer nada por la instrucción, por la...

ESCENA XIII

DICHO y EL ALCALDE

ALC. (Ya dentro.) Me alegro encontrar á usted.

NIC. Pase usted adelante.

ALC. No vengo de bromas, ¿eh? El asunto porque vengo es serio y muy serio.

NIC. ¿Viene usted á anunciarme el día del cobro tal vez?

Alc. Repito que no vengo de bromas.

Nic. No, si esto se lo digo á usted muy de veras.

Alc. ¿El día del cobro? Ya habrá llovido para entonces.

Nic. Sí, ¿eh?

Alc. Hombre... Vamos a ver.

Nic. Diga usted.

Alc. Figúrese usted que usted fuera un hombre honrado, cabal...

Nic. ¡Canastos! Eso no tengo necesidad de figurármelo, que lo soy.

Alc. Ya llegaremos á eso. Y que tuviera usted una mujer á quien quisiera... como se quiere á la mujer propia.

Nic. Adelante. Pero no se me ocurre á cuento de qué viene...

Alc. Un poquito de calma, que á eso vamos. Pues figúrese usted que siendo un hombre en esas condiciones, se encontrara usted el mejor día conque otro hombre... sin aprensión, ni vergüenza... llegaba á atreverse hasta á dar una cita á su mujer de usted; ¿usted qué haría?

Nic. Pues hombre, la cosa...

Alc. Nada, ¿qué haría usted?

Nic. Pues yo, si eso me ocurría el mejor día, le pediría á Dios con toda mi alma que no me diera días mejores.

Alc. ¿Nada más?

Nic. Esto, por lo que toca al primer punto. En cuanto al hombre sin aprensión ni vergüenza que se atreviera á tanto... qué se yo... puede que le rompiera una clavícula.

Alc. Eso ya es algo. Pero dígame usted. Y si se encontrara usted con que el tal era un hombre... viejo... repugnante... un hombre, en fin, de quien no debiera usted temer la competencia, ¿qué haría usted?

Nic. Entonces, pues le rompería otra clavícula.

Alc. Pues prepárese usted, porque no le voy á dejar hueso sano.

Nic ¿Qué dice usted?

ALC. Lo que usted ha oído, que le voy á romper una clavícula en este mismo momento.

NIC. Usted viene equivocado sin duda.

ALC. No, no vengo equivocado. Sé que le corresponden á usted unos estacazos que tengo que repartir y voy á dárselos.

NIC. Pero ¿qué va usted á hacer?

ALC. Ahora lo verá usted.

NIC. No sea usted atróz, hombre; le digo á usted que viene equivocado. (Don Nicomedes se ampara tras la mesa-camilla de las acometidas del Alcalde.)

ESCENA XIV

DICHOS y DOÑA ROSA

ROSA. ¿Qué voces son estas? ¿Usted por aqui?

NIC. Nada; este caballero que ha venido con ganas de armarla.

ALC. Yo no vengo con ganas de nada, señora; lo que hay es, que no me hace gracia que nadie se divierta conmigo.

ROSA. ¿Pero qué es ello?

NIC. ¿Lo sé yo siquiera? Ha venido ahí con una historia de una cita y no sé qué otros líos...

ALC. No valen hipocresias. Su esposo de usted, es un seductor. Así, clarito.

NIC. ¿Yo?

ROSA. ¿Mi marido?

ALC. Sí señora.

NIC. Hombre, desde que le ví á usted entrar por esa puerta, comprendí que no venía usted bueno.

ALC. (A doña Rosa.) ¿Qué dice usted?

ROSA. Que no puede ser.

ALC. Pues sí que puede ser: ¿lo sabré yo?

NIC. (Al Alcalde.) ¿No ha oído usted que no puede ser? ¡Si lo sabrá ella!

ALC. ¡Ea! A ver qué dice usted ahora. (Presentándole una carta á doña Rosa.) ¿Conoce usted la letra?

ROSA. ¿A ver?
NIC. ¿Y qué es eso? ¿A ver? ¡Toma! la carta de Andrés.
ALC. ¿Qué ha dicho usted?
ROSA. Ya decía yo.
NIC. ¿Y es por eso por lo que viene usted tan fosco?
ALC. ¡Si le parece á usted!
NIC. ¡Já, já, já!
ROSA. Tiene gracia.
ALC. Yo le pego.
ROSA. Pero venga usted acá, hombre de Dios.
ALC. Yo no tengo que ir á ninguna parte. Esta carta está escrita por su marido de usted.
NIC. ¿Y qué?
ROSA. Sí señor.
ALC. Y dirigida á mi mujer.
ROSA. No señor.
ALC. ¿Lo querrá usted saber mejor que yo?
NIC. Nada: no te molestes; déjalo.
ROSA. Pero diga usted. En su casa, ¿no hay más mujeres que la suya?
ALC. No entiendo...
NIC. (Eres tú muy bruto.)
ROSA. Y en el pueblo, ¿no hay más hombres que este?
ALC. ¡Ah! qué sospecha... pero, cá, no cuela.
NIC. ¡Hombre! ¿cree usted que ni mi edad, ni mi alimentación permiten...
ALC. La carta es de usted.
NIC. Dale... ¿No le han dicho á usted ya que sí?
ALC. Y el mentecato á que en ella se alude, soy yo.
NIC. Sí señor... es decir, yo ignoraba la persona á quien...
ALC. De modo, que no se trata de mi mujer.
ROSA. ¡Qué disparate!
NIC. Eso es algún noviajo de la niña, que no merece siquiera...
ALC. (Al Maestro.) ¿Quiere usted decirme por qué hace estas cosas?
NIC. Por bien poco; puede usted creerme.

ALC. ¡Cuánto más valiera que atendiera usted con más esmero al cumplimiento de su cometido!

ROSA. ¡Lástima no hable usted todavía!

NIC. ¡Alto, señor Alcalde, eso sí que no lo consiento! Hable usted cuanto le venga en gana, pero no censure el modo con que desempeño mi cometido, que está muy por cima del que ustedes tienen de cumplir conmigo.

ROSA. No tienen ellos la culpa.

ALC. Si su esposo de usted no hiciera más que lo que debe...

ROSA. Si mi esposo no hiciera más que lo que debe, hubiera dejado ya esta escuela, que sólo le produce disgustos.

ALC. Pues cuando no tiene cuenta una cosa, se deja.

ROSA. Y tanto como la dejará.

ALC. No faltará quien...

NIC. Sí, es una bicoca. Puede usted anunciar la vacante desde luégo, pero advirtiendo que las pesetas con que está dotada la plaza, son nominales; así sabrá á qué atenerse el que la acepte.

ALC. ¡Hombre, cualquiera diría que se le debe á usted una fortuna!

NIC. ¿Te parece? (A su mujer.)

ROSA. ¡No, si es poco todavía! Cuando dan ustedes con simples como él, hacen perfectamente.

ALC. ¡Señora!...

ROSA. Nada, lo dicho. ¡Tramposos!

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA INÉS ó INESITA

INES. No podemos esperar más. (Viendo á su esposo.) ¡Cómo! tú...

ALC. ¿Ustedes en esta casa?

INES. ¿Pero eran contigo las voces que?...

ALC. ¡Conmigo, por esta señorita! (A su hija.) Venga usted

acá. ¿Viene usted también á que don Nicomedes la escriba alguna carta para el novio?

INES. Pero ¿qué dices? (Á su esposo.)

INESITA. Yo...

INES. ¿Inesita cartas para el novio?

ALC. (Remedando á su mujer.) ¿Inesita cartas para el novio?... Estás tocando el violón. (Á su hija.) ¿Quiere usted decir, hipocritilla, con quién se permite usted andar en amoríos sin mi permiso?

INESITA. (¡Dios mío, todo lo sabe!)

INES. ¿Es decir, que me estabas engañando?

INESITA. ¡Pero madre... si yo!...

ESCENA XVI

DICHOS y ANDRÉS

ANDRES. (Con un talego en la mano en que trae lo prometido á don Nicomedes. Entra con aire satisfecho y hablando fuerte.) Ya estoy aquí, don Nicomedes. (Al ver al Alcalde y familia.) ¡¡Cataplúm!! ¡¡*Güena* la hicimos!!

INESITA. (Al ver á Andrés.) ¡Dios mío! ¡Andrés!

NIC. (Al Alcalde.) Ahí tiene usted á su hombre.

ALC. ¿Qué?

NIC. Al de la cartita.

ALC. ¿Dónde está? (Viendo á Andrés.) ¿Ese? Va usted á ver.

ROSA. Éste va á hacer alguna barbaridad.

NIC. Es muy posible.

ALC. (Yéndose á Andrés.) ¡Oiga usted!

ANDRES. (Intenta escapar.) Vuelvo, vuelvo.

ALC. No señor. (Cogiéndole de la chaqueta y trayéndole de un brazo á donde están las demás figuras.) ¡Si tenemos que arreglar los dos una cuenta!

ANDRES. Si no sé de números.

ALC. Venga usted acá.

ROSA. ¿Cómo acabará esto?

ALC. (Presentando á Andrés ante Inesita.) Aquí le tienes.

INES. ¿Conque este zagalón?...

ANDRES. Yo tengo mi nombre, ¿sabe usted?

INESITA. Pero... si yo... si él...

NIC. Justo. Si los dos...

ALC. (Al Maestro.) Apártese usted, hombre.

NIC. ¡Caramba!

ALC. (A Inesita que está con la vista fija en el suelo.) Sí, mucho miedo, mucho miedo y poca... (Volviéndose bruscamente á Andrés.) Y usted, ¿tampoco dice nada?

ANDRES. Pues no paece más que tié algo de particular que los dos queramos casarnos.

INES. (Rápida.) ¿Usted casarse con mi hija?

ANDRES. Sí señora.

ALC. ¿Usted casarse con mi Inés?

ANDRES. No, que moy á casar con usté. Allá veremos.

ROSA. ¡Miren, miren el mastuerzo!

INES. (A su marido.) Nos las apuesta.

ALC. (A Andrés.) ¡Ya se está usted quitando de delante de mi vista!

ROSA. ¡Cálmese usted!

ANDRES. Ya me voy, hombre, ya me voy. No hay que sofocarse por tan poco. Como dijo el otro, después de tóo, un hombre siempre es un hombre.

NIC. ¡Adiós, Séneca!

ANDRES. Y vale mucho.

ALC. Bueno. Vaya usted con Dios.

ANDRES. Si ya me voy. Tan y mientras quiera ella, y tan y mientras quiera yo, como si no. (Dirígese al foro, haciendo antes como si fuera á decir algo á Inesita.)

ALC. ¿Qué es eso?

INES. ¡Qué descaro!

ALC. Lejos de aquí, ó no respondo de...

ANDRES. ¡Ya lo he oído, hombre, ya lo he oído! ¡Cuidao con la gente! (Vase; pero antes, como distraído, dirígese al talego en que trajo á don Nicomedes lo prometido, con propósitos de llevársele.)

NIC. (Con rapidéz y quitándoselo.) De ningún modo. No consiento que te molestes.

ESCENA XVII

DICHOS, menos ANDRÉS

ALC. (Al Maestro.) Ahí tiene usted las consecuencias de sus cartitas.

NIC. Es la única que he escrito. Además, no hubiera faltado quien me substituyera.

ALC. Ea, en marcha, que tengo que estar en el Ayuntamiento antes de las dos.

INES. Cuando quieras.

ALC. (A Inés.) Ya me entenderé con usted, señorita.

INES. (A don Nicomedes.) ¡Ah! ¿Vió usted aquello? ¿Encontró usted algo que no...?

NIC. Nada absolutamente. Creo de todas veras, que conseguirán ustedes sus propósitos. En cuanto estos versos se canten, habrá lluvia... (y pedrisco y granizo) en fin, una verdadera tempestad.

ALC. ¿De qué se trata?

INES. Ya lo sabrás. Es una sorpresa que te preparo.

ALC. Ya lo dirás si quieres.

NIC. Prepare usted el paraguas por si acaso.

INESITA. ¡Pobre Andrés!

ALC. Vamos, vamos.

NIC. Yo espero que...

ALC. (Tapándole la boca y no dejándole hablar.) Sé lo que va usted á decirme. Se le pagará á usted, hombre, se le pagará á usted, aun cuando no es eso lo que se acostumbra. Pero, nada de escrituras de cierto género en lo sucesivo, ¿eh?

NIC. Como usted me dé esos cuartos, soy capáz de suprimir la escritura hasta en el colegio.

INES. Vaya, que ustedes lo pasen bien.

INESITA. Muy buenas.

ROSA. Vayan ustedes con Dios.

ALC. Hasta otra vista.

NIC. Vayan ustedes con Dios.

ROSA. Abur.

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA ROSA y DON NICOMEDES

ROSA. ¡Qué día! Estoy mareada.

NIC. Hija, otros habrá peores. No podemos quejarnos. Nos han surtido de comestibles, y además, para que todo se ponga bien, ya has oído al Alcalde. ¡Por fin nos van á dar esos cuartos! ¿Qué nos falta?

ROSA. ¿Qué nos falta? Hombre, y... (Señalando al público.)

NIC. ¡Ah! sí, tú verás. (Al público.)

Una palmada no es nada
si el boceto te agradó.
No me contestes que no
y otórgame una palmada. (Telón.)

FIN

CATÁLOGO

---

ectura de las Lenguas, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por nos semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Está termina- nsta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tomos, en tela, **3** pesetas.

ia castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.—Se re- por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—Está ada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntimos.— mente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30** pese- céntimos.

ario de Asonantes y Consonantes, por D. Eduardo Benot.— arte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.— un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19** pesetas.

a orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.º prolongado, páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provincias.— uadernación en pasta entera, **2** pesetas.

ario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y Quin- recedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos gramati-* Un tomo en 4.º, **10** pesetas **50** céntimos en rústica, y **12** en pasta ó tela.

s de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un volumen páginas en 4.º prolongado, encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMAS por lo, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volumen igual, AVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y condiciones.

tos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carracido.— men en 4.º prolongado, con infinidad de grabados intercalados en el cuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

ario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo en 8.º, ernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

ario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De igual y precio.

romaquia, de Rafael Guerra (*Guerrita*).—Se publica por cuadernos dos reales, de 32 y 64 páginas respectivamente, con numerosos fotogra- tercalados en el texto, representando todas las suertes del toreo.

atalla, original de D. Joaquín Dicenta.—Un tomo en 4.º, de 268 pági- esetas en rústica.

ecum del estudiante de Derecho, por C. Flavio, abogado del olegio de Madrid.—Libro de utilidad y necesidad indiscutibles para los tes de Derecho. Contiene todas las asignaturas de la carrera, y fácilmente n preparar para los exámenes, no sólo de cada una de ellas, sino para el tomar el grado de licenciado.—Un tomo en 4.º, de 884 páginas, **7** pese- stica y **9** en pasta.

mento ológrafo, por D. Gabriel Ricardo España, abogado del ilus- gio de Madrid.—Un tomo en 4.º, de 256 páginas próximamente. Contiene formularios, notas y casos de la vida, para que cada uno de por sí, y sin , pueda hacer su testamento. Libro de utilidad general y al alcance de

eta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 páginas, as.

Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de dicha ra en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.º prolongado, **5** pesetas.

ueñeces.....—*El Jesuíta*, un tomo en 4.º, **2** pesetas.

» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.º, **2** pesetas.

sas publicaciones por entregas con magníficas láminas al cromo.